

Ricardo Moreno Castillo

***Nosotros y Voltaire***

*Reflexiones en torno a su pensamiento*

Prólogo de Jon Juaristi

P A S O S   P E R D I D O S

Diseño de imagen y cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.  
Maquetación: Daniel F. Patricio

© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2017  
© del texto, Ricardo Moreno Castillo, 2017  
© del prólogo, Jon Juaristi, 2017

ISBN: 978-84-946593-0-0

Depósito legal: M-20051-2017

Impreso por Estugraf Impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Introducción

La Ilustración fue un movimiento cultural e intelectual que tuvo lugar entre finales del siglo xvii y el inicio de la Revolución Francesa. El nombre de este movimiento se debe a su intención explícita de disipar, mediante las luces del entendimiento y la ciencia, las tinieblas en las que la religión, los prejuicios y la superstición habían sumido a la humanidad. Los pensadores de la Ilustración sostenían que mediante la razón humana se puede combatir la ignorancia y la tiranía, y de este modo construir un mundo mejor. Por este motivo el siglo xviii es conocido por el hermoso nombre de «El Siglo de las Luces». En opinión de D'Alembert, la Ilustración:

...lo discutió, analizó y agitó todo, desde las ciencias profanas a los fundamentos de la revelación, desde la metafísica a las materias del gusto, desde la música hasta la moral, desde las disputas escolásticas de los teólogos hasta los objetos del comercio, desde los de-

rechos de los príncipes a los de los pueblos, desde la ley natural hasta las leyes arbitrarias de las naciones, en una palabra, desde las cuestiones que más nos atañen a las que nos interesan más débilmente.

Para Kant el hombre ilustrado es el que hace suyo el dicho de Horacio: *Sapere aude*, atrévete a saber:

Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. Uno mismo es culpable de dicha minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio. *¡Sapere aude!* ¡Ten valor para servirte de tu propio entendimiento! Tal es el lema de la Ilustración.

El imperativo filosófico de la Ilustración sostenía que la razón no puede funcionar más que sobre los datos que proporciona la experiencia a través de los sentidos, sin los cuales tan solo puede especular o realizar operaciones matemáticas y lógicas. En la investigación se ha de partir de lo real, no de principios *a priori*, y el criterio de verdad de una afirmación es su base empírica, no su coherencia racional interna. Fue Locke

quien (en contra de la teoría de las ideas innatas defendida por los platónicos, todavía muy numerosos) definió el principio fundamental del empirismo: nada hay en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos. El resultado inevitable de la crítica ilustrada es la eliminación del sustrato teológico en la filosofía. Tanto Hume como Kant consideran inadecuado pasar de lo sensible a lo ultrasensible mediante el concepto de causa para demostrar que hay un Dios. Para el primero, inequívocamente escéptico, concluir la existencia del Dios de los cristianos a partir de los datos de este mundo es un absurdo filosófico. Para el segundo, que sí era un hombre religioso, Dios es un ser pensable a partir del sentido moral del hombre, pero no cognoscible. Ciertamente que ya Guillermo de Ockham sostenía que la filosofía racional no podía pronunciarse en materias que trascendían el saber experimental, de manera que esta distinción radical entre lo teológico y lo empírico tiene su remoto origen en el siglo XIV, pero es en el siglo XVIII cuando se arraiga y consolida.

Este distanciamiento entre teología y filosofía no solo se planteaba en el plano teórico, sino también en el práctico y el político. La Iglesia era un bastión de las fuerzas reaccionarias que se interponía entre los hombres y su derecho a pensar y actuar libremente. Porque la filosofía de

la Ilustración es en gran parte práctica, busca la felicidad de los seres humanos, pero es además moderadamente optimista: considera que esa felicidad es posible y alcanzable. No niegan, por supuesto, los evidentes males del mundo, pero creen que el reconocimiento de los derechos humanos y la instrucción contribuirán a paliarlos. El mundo no es un valle de lágrimas ni la vida un simple tránsito a otra mejor, muy al contrario, la vida merece ser vivida por sí misma y el mundo es un lugar que podemos hacer entre todos más alegre y habitable. Alegría que no es un don, sino una conquista, un traer el cielo a la tierra. Porque, aun suponiendo que otra vida fuera concebible, sería un sin sentido que Dios privara de felicidad a los seres humanos mientras viven en este mundo para dársela en otro. No, esta vida y la otra, caso de que exista, no difieren en esencia, y las obras que hacemos para gozar de toda la felicidad posible en este mundo son las mismas que nos conducirían a la vida eterna, si tal vida eterna hubiera.

Por estas y otras razones, y visto el estrepitoso fracaso de las utopías revolucionarias de los últimos cien años, el siglo XVIII es nuestro punto de referencia más seguro. Descendemos de Grecia, la Edad Media y el Renacimiento, no cabe duda, pero somos herederos directos de la Ilustración. Cierto que entre ella y nosotros se interpone el

Romanticismo, pero nuestra deuda con el segundo, más en el plano estético y literario, no interfiere sobre lo que debemos a la primera ni arroja sobre ella ninguna sombra. El Romanticismo atendió algunos aspectos que habían sido un tanto descuidados por la Ilustración, pero no derogó ninguno de sus logros.

Los filósofos ilustrados más sólidos son los ya citados ingleses Locke y Hume y el alemán Kant. Con todo, cuando se oye hablar de la Ilustración, se piensa primero en Francia. De hecho, los ilustrados en España eran conocidos como los *afrancesados*. ¿Por qué es así? En parte porque en Francia se escribió y publicó la *Encyclopédie*, uno de los emblemas de la Ilustración. Pero también porque los ilustrados franceses nos parecen más combativos, descarados y jocosos, más comprometidos en la práctica con los ideales de la Ilustración. Estas virtudes se quintaesencian, sin duda, en la arrolladora personalidad de Voltaire, casi un símbolo del siglo XVIII. Tan es así que algunos historiadores hablan del XVIII como de «El siglo de Voltaire».

La vida de Voltaire transcurre entre los años 1694 y 1778. Desde los criterios de su época fue extremadamente larga, y desde los criterios de cualquier época, asombrosamente fecunda. Su obra es extensísima y abarca muchos géneros: el relato, el teatro, la poesía, el ensayo filosófico,

la historia, el panfleto, la divulgación científica y la literatura epistolar. Su erudición y conocimiento de muy diversos temas fue enorme. Su existencia fue a veces sedentaria, a veces azarosa y aventurera, pero siempre comprometida. Con su vida y su obra hizo suya como nadie la máxima de Terencio: «Hombre soy, nada humano me es ajeno». Lo explica muy bien el escritor inglés John Morley en la introducción de su biografía de Voltaire:

Para Voltaire, la razón y la humanidad fueron algo más que una palabra vana, y el amor a la verdad y la pasión por la justicia algo más que una idea. Ninguno de los hombres famosos que se han esforzado en pensar con libertad y hablar con verdad han visto nunca más claramente que el fin fundamental de la lucha es que otros vivan felizmente.

El filósofo y matemático Nicolás de Condorcet, contemporáneo y amigo de Voltaire, opinaba de un modo muy semejante. Según él, la historia de lo que se había hecho en Europa en favor de la razón y la humanidad era la historia de sus esfuerzos y sus buenos oficios. En su muy celebrada *Vie de Voltaire* sostiene lo siguiente:

Si el amor a la humanidad ha llegado a ser el lenguaje común de todos los gobernantes, si las guerras



han llegado a ser menos frecuentes y nadie se atreve a decir que el honor de los soberanos o unos derechos ya enmohecidos por el tiempo puedan justificarlas, si se han visto caer todas las máscaras bajo las cuales castas privilegiadas estaban en condiciones de engañar a los hombres, si por primera vez la razón comienza a extenderse por todos los pueblos de Europa en un amanecer claro y puro: siempre, en la historia de todos estos cambios, se encontrará el nombre de Voltaire, casi siempre se le verá iniciar el combate o decidir la victoria.

Sus libros de historia siguen siendo leídos. Sus escritos de divulgación científica pueden ser todavía útiles. En cambio, de su obra literaria se salvan hoy día tan solo sus relatos, a los cuales siempre se puede volver con gozo. El resto no lo lee nadie, salvo sus fanáticos (si bien es cierto que declararse «fanático de Voltaire» no deja de ser un divertido oxímoron), que buscan en ella, no tanto calidad literaria como pensamientos brillantes o frases afortunadas que yacen sepultas bajo montañas de páginas. Igual que si fueran paleontólogos que revuelven toneladas y toneladas de tierra para encontrar huesos de dinosaurios. Como decía el escritor y crítico Émile Faguet: «Voltaire es un caos de ideas claras».

Pero de todos sus libros, los más perennes son los explícitamente filosóficos: El *Diccionario flo-*

sófico, el *Tratado sobre la tolerancia*, las *Cartas filosóficas* y *El filósofo ignorante*. Con todo ¿qué puesto ocupa Voltaire en la historia de la filosofía? Probablemente un lugar pequeño. Una historia general de la filosofía no demasiado exhaustiva podría ni citarlo, pero nosotros no podemos prescindir de él. Derribados tantos ídolos leídos con fervor hace medio siglo y cuya sola mención nos provoca hoy ganas de bostezar, demolidas tantas ideologías delirantes que a tantos hicieron soñar, buscamos entre los escombros algún punto de apoyo, y encontramos a Voltaire. Vivo, actual, alegre, ingenioso y sensato. En su lúcido ensayo *Voltaire contre-attaque* afirma André Glucksmann: «Wojtila había vencido a Marx y capitulaba ante Voltaire». Imposible decirlo mejor con menos palabras.

Estudiar filosofía se parece mucho a recorrer una autopista con lugares de parada obligatoria: Platón, Aristóteles, Descartes, Leibniz, Kant, Hegel, Heidegger... y poco más. Ninguno puede ser pasado de largo porque cada uno de ellos comenzó su pensamiento donde el anterior lo dejó. Pero en todas las autopistas hay desvíos que desembocan en caminos vecinales, los cuales a veces no conducen a ninguna parte y otras a lugares agradables e insospechados no marcados en los mapas ni citados en las guías de turismo. Y en uno de ellos, a lo mejor en una taberna de un pueblo pintoresco y delante de un vaso de

vino, nos espera Voltaire. Y como siempre, pícaro, amistoso y cordial. Si los filósofos imprescindibles son maestros, Voltaire es un amigo. De unos y otros aprendes, pero si el maestro enseña transmitiendo unos saberes que ignoras y que no podrías descubrir por ti mismo, el amigo te hace caer en la cuenta de cosas que tienes delante y que de tanto verlas ni te fijas en ellas. El amigo te sacude los prejuicios con una palmada en la espalda, y entre risas y bromas te hace ver lo absurdo de una preocupación o el escaso fundamento de creencias que tenías por sólidas.

Este libro no es una biografía ni un tratado sobre el pensamiento de Voltaire. En principio y sobre todo es una antología de citas y textos de Voltaire, y si a alguien le es útil solo por eso, ya mereció la pena el trabajo de recopilación. Pero pretende ir un poco más allá. Explicar cómo estas citas y textos sirvieron de punto de partida para reflexiones personales, sea para discrepar o para concordar con ellas. Y si estas reflexiones son provechosas para los demás, tanto mejor.